

**Reseña de Miguel Ángel Del Arco, Carlos Fuertes, Claudio Hernández y Jorge Marco (eds.), *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*. Granada, Comares, 2013, 232 págs.**

**ALEJANDRO PÉREZ-OLIVARES (UCM)**

Seminario Complutense "Historia, Cultura y Memoria"/ Departamento de Historia Contemporánea

Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

[aperezolivares@ucm.es](mailto:aperezolivares@ucm.es)

La aparición de este libro colectivo supone un ambicioso intento de ofrecer una visión estructural de la dictadura franquista a través de un enfoque novedoso: las actitudes políticas de los individuos y colectivos que vivieron bajo el régimen nacido el 18 de julio. *No solo miedo* recoge los avances sobre otras experiencias dictatoriales, fundamentalmente la alemana, la italiana y la soviética, para interrogarse desde nuevas perspectivas por la larga duración de la española. Así, la obra recorre la relación entre el Estado y la sociedad a través de acercamientos tan dispares como la movilización bélica, las instituciones, la violencia, las producciones discursivas oficiales y resistentes o la participación en diversos espacios de sociabilidad.

La primera consecuencia, gracias al creciente interés en las actitudes de aquellos que vivieron bajo regímenes no democráticos, es la crítica a conceptualizaciones un tanto estáticas de los comportamientos colectivos, entre las que se encuentra el consenso como arquitectura social. De esta forma, el libro recoge debates de más de una década y proyecta nuevas problemáticas desde nuevas preguntas y fuentes: pasadas ya las discusiones sobre la naturaleza política de la dictadura franquista, la cuestión fundamental que recorre el libro es explicar la duración del régimen. A lo largo de estos años hemos aprendido que la represión, aunque inserta en el inicio de la construcción de la dictadura, no puede explicar por sí misma dinámicas que son ajenas. La búsqueda y construcción de apoyos sociales, tampoco. Son esas “zonas grises” que aparecen a lo largo de los cuarenta años de franquismo y que muestran la relación dialéctica (y ésta es la segunda consecuencia) entre Estado y sociedad, un acercamiento que pone de manifiesto que las actitudes sociales no fueron un mero resultado de las políticas desde el poder. Pero la cultura entendida como un terreno de encuentro y conflicto, aún en una dictadura, también critica la imagen de una sociedad desmovilizada permanentemente. Como afirman los propios editores, “lo más importante es desvelar las estrategias del Estado para condicionar nuestras vidas, nuestros comportamientos y nuestras ideas” (pág. 14), pero al mismo tiempo existen otras agencias que deben ser explicadas. El miedo fue una de tantas estrategias y tampoco fue la única respuesta de la sociedad.

En este sentido, quizá el gran tema que más se ha renovado en los últimos tiempos sea el de la violencia, del que en este libro se ocupan Carlos Gil Andrés, Miguel Ángel del Arco y Ana Cabana. Para entender la complejidad de la retaguardia, la extensión de la guerra lejos del frente y la relación entre el conflicto, el poder (o los poderes) y la acción colectiva Carlos Gil se apoya en la relación entre los directores de la represión, los ejecutores, los intercesores y los colaboradores. Esta visión de la violencia intracomunitaria aborda la conexión entre agentes locales y supralocales y permite tener un nivel mayor de comprensión sobre la decisión de participar en un fenómeno político y ritual al mismo tiempo. Todo esto en el seno de comunidades textuales, como nos recuerda Miguel Ángel del Arco desde la geografía cultural para el análisis de las cruces de caídos, en lo que supone una reinterpretación más que sugerente de una fuente administrativa como son los oficios y órdenes ministeriales. Aparece así un espacio público excluyente, que

enriquece los análisis sobre la violencia desde la “Cultura de la Victoria” materializada en el espacio, un instrumento de nacionalización excluyente pero también, y aquí el autor no incide demasiado, un fenómeno que nos habla de las diferencias de criterio en la coalición contrarrevolucionaria que tomó las armas en 1936: “los monumentos que no incluían una cruz no pudieron ser construidos” (pág. 71). El artículo supone, por último, un reto historiográfico de magnitud: pasar de los espacios diseñados a los espacios vividos, experimentados, lo que nos encamina hacia otro tipo de fuentes, como las orales, de las que es amplia conocedora Ana Cabana. Esquelas, tradiciones orales, imágenes y representaciones que transitan por la frontera entre lo real y lo imaginario y dibujan el mapa de las resistencias de la parte de la población condenada al silencio a través de mitos y lugares comunes que permitieron alcanzar ciertos niveles de autonomía.

Hay que hacer notar que los dispositivos de coerción, las diferentes formas de violencia (física, económica, cultural...) tan sólo aparecen en estos primeros capítulos. Si definimos el franquismo como un régimen represivo y de control desde su origen y si permaneció así hasta el final, ¿cómo condicionó las actitudes políticas y sociales en la etapa del desarrollismo? ¿Hubo continuidades en los años del tardofranquismo? Una pregunta importante, puesto que en los últimos años hemos aprendido los efectos de la represión a largo plazo, y compatible con entender que en toda la complejidad y extensión de la dictadura fueron necesarias más herramientas aparte del miedo, lo que José Carlos Rueda denomina “proposición de consensos”. Los textos que firman este acercamiento, los de Carlos Fuertes, Virginia Martín y el propio José Carlos Rueda, analizan la estabilidad del franquismo desde nuevas fuentes. En el caso del primero, la prensa extranjera, que muestra a los diferentes responsables de unos discursos que compitieron con la extensión del *Spain is different* en Europa y Estados Unidos y que asentaron, desde otras posiciones y ayudados por el cambio generacional, la adaptación social de la dictadura a través de los “años de paz”. Quizá aún más novedoso, por su dificultad, sea interrogarse por las actitudes en el interior de España, aunque permite evadir la censura conviene no olvidar otros filtros periodísticos o la doble traducción de los artículos. Aun así, supone un gran avance por la naturaleza de las entrevistas, la mayoría fruto de conversaciones informales o comentarios de gente “corriente”. Un público, como muestran los otros dos artículos, que no se puede calificar de pasivo y limitado a la recepción de discursos. En las producciones televisivas cohabitaron diversas pautas de representación y significación, a veces “negociadas” con la sociedad civil, como demuestra el análisis de las encuestas de opinión sobre los contenidos de TVE (Televisión Española), aunque siempre con un control directo sobre la mayor parte de la oferta informativa y de entretenimiento, quizá más efectivo que en los años azules de la posguerra. Es muy interesante resaltar que el desarrollo de una cultura popular, lo que no consiguió Falange desde la Delegación de Propaganda durante la posguerra, sí se lograra en los años del desarrollismo a través de productos como “Crónicas de un pueblo”, ejemplo paradigmático de la identificación de la sociedad con los valores del régimen (la paz como proyecto político, la superación de la conflictividad social mediante un ruralismo idealizante). Queda claro que los análisis sobre la televisión en el tardofranquismo aportan algunas de las claves más importantes en lo que al comportamiento de la sociedad durante la Transición se refiere. No sólo porque los “grandes personajes” descubrieron las posibilidades de la televisión (el rey, Adolfo Suárez, incluso Carlos Arias Navarro), sino también porque las claves discursivas del proceso asaltaron este medio.

Las actitudes y la opinión popular también estuvieron mediadas por la participación en diversos espacios de la dictadura, a lo que ésta no renunció nunca. La primera experiencia fue el propio conflicto, analizada por Claudio Hernández Burgos y donde la cultura de guerra, mediada por el sufrimiento, los lazos de camaradería y la forja de unas identidades colectivas acercó el frente a la retaguardia. El nacionalismo y la religión no influyeron únicamente en los combatientes movilizados, también generaron representaciones sobre la alteridad que sobrevivieron a 1939 y operaron en la vida cotidiana: en los negocios, los centros de enseñanza, los espacios de

sociabilidad... Aunque también se experimentaron cambios, como el operado en el seno de la Iglesia Católica, de una amplitud tal que para Enrique Berzal contribuyó a “erosionar la legitimidad de origen que abanderaba el Régimen franquista, y facilitar, por tanto, el ulterior proceso de contestación social en sentido democrático” (pág. 177). Pero no hubo una posición monolítica: la jerarquía episcopal española también reaccionó ante ciertas consecuencias del crecimiento económico, como la “apostasía obrera” o lo que entendían como una relajación en las costumbres. Y es que el recurso a nuevas fuentes, como los cuestionarios de movimientos de base, los archivos de ciertas personalidades o enfoques centrados en una sociología de la religión, más que en las pastorales, nos muestra una Iglesia española poliédrica. Se rompe el tópico, además, del fácil maridaje entre los colectivos afines al “compromiso temporal” católico y el movimiento obrero, pues su excesiva impronta clerical dificultó la conformación de una alternativa movilizadora junto a la clase obrera más concienciada. Sin embargo, es importante hacer notar su papel en la apertura de espacios alternativos de participación, objeto del texto de Óscar J. Martín, donde parte de la sociedad civil se construyó a sí misma como ciudadanía. Una ruptura que, como recuerda el autor, no debemos dar por sentada. Pero, ¿estos espacios fueron conquistados, negociados con el poder o cedidos por éste y reapropiados desde prácticas cotidianas? Si los canales de participación en el régimen fueron siempre un caballo de batalla entre falangistas y tecnócratas (su naturaleza, su número, su control), en los años 60 eclosionaron de diversas maneras. “Desde arriba”, con los debates en torno a la promulgación de la Ley de Asociaciones; “desde abajo” con la proliferación de espacios para las organizaciones juveniles, colectivos y grupos diversos, un fenómeno en clara relación con los movimientos vecinales, la preocupación por las condiciones de habitación de los barrios peor equipados y los orígenes de la Transición.

Los organismos de poder también ocupan parte del libro. Julián Sanz analiza el personal político del régimen y propone, desde un exhaustivo estado de la cuestión, una renovación metodológica en este tipo de estudios. El recurso a otras fuentes, como las fuentes fiscales, los padrones o los archivos privados (en caso de poder acceder a ellos) nos permitirían ir más allá de los perfiles socioprofesionales de las instituciones y sus cometidos para abordar sus motivaciones, rastrear el fomento de la colaboración a ras de suelo o la consolidación del régimen desde el mismo ámbito local. Sólo así podremos entender conceptos como consentimiento, bases sociales, zonas grises o colaboración. En este sentido hay que destacar los dos últimos capítulos, a cargo de Daniel Lanero y Sescún Marías, acerca de las obras sindicales y el papel de la Sección Femenina en relación a las mujeres trabajadoras. Más allá de una historia administrativa, se proponen reflexionar sobre el impacto de la labor social de Falange, quiénes se beneficiaron de ella o si fue un mecanismo útil para canalizar el acercamiento de la sociedad al. A la hora de poner distancia entre la propaganda y la realidad, tan importante es poner rostros a la multitud como buscar sus espacios de sociabilidad y ocio, interrogarse sobre la recepción de sus políticas y, cómo no, las condiciones que lastraron su papel. Se demuestra así la importancia que también tiene hacer nuevas preguntas a masas documentales ya investigadas con anterioridad.

Cuando el lector concluya *No solo miedo*, habrá asistido a algo más que a un amplio y sugerente estado de la cuestión. Más bien, apreciará el salto cualitativo que ha experimentado la historiografía española, ya al nivel de otros países con pasados dictatoriales y gracias precisamente al debate sostenido con sus producciones en la última década. Ello a pesar de los continuos problemas de fuentes que sufrimos en España, solventados con novedosas preguntas que han iluminado rincones hasta ahora impenetrables. Sin embargo, la consideración que más se debe resaltar es que durante la dictadura franquista hubo personas que la sufrieron, que la disfrutaron o que simplemente, la sobrellevaron. Una multiplicidad de sujetos, voces y comportamientos que durante los próximos años merecerá ser explicada en toda su complejidad.